

FIN DE CURSO

Muy buenas tardes a todos: compañeros, padres, profesores, alumnos y, sobre todo, alumnos de 2º de Bachillerato y Ciclos Formativos. Y digo “sobre todo” porque hoy sois vosotros los protagonistas, porque hoy es el día en el que os despedís oficialmente del instituto, porque a partir de ahora –queráis o no, os guste más o menos– iniciaréis una etapa diferente.

Vosotros os despedís, pero yo también y, por eso, quisiera (antes de nada) aprovechar las primeras palabras de este discurso para hacer, desde mi persona, un agradecimiento público a todo el Instituto “La Vaguada”. Mi abuela siempre me ha dicho que “es de bien nacidos ser agradecidos” y yo me considero una persona bastante obediente (aunque seguramente mis padres tuvieran mucho que objetar a esta afirmación). En cualquier caso, no puedo por menos que dar las gracias a todos por estos dos años que he pasado aquí, en “La Vaguada”. Muchas gracias de verdad y de corazón.

Os decía que dentro de poco comenzaréis algo diferente y vuestras vidas (probablemente) ya no serán igual. Pero no temáis. Bécquer, el poeta romántico, en algún momento escribió que “cambiar de horizonte es provechoso a la inteligencia y a la salud”. Además, hay que tener en cuenta que resulta necesario, pues, como alguien dijo también, el movimiento es lo único inmutable en nuestra existencia. Imagino que esa sensación de cambio, ese gusanillo que uno siente cada vez que va a empezar algo distinto sin saber lo que el futuro te deparará, lo tenéis ahora también vosotros. Aunque

no lo creáis, yo alguna vez fui estudiante (no hace poco, pero tampoco mucho tiempo) y recuerdo perfectamente ese curso último de instituto y los momentos previos al final de una etapa.

Cuando uno está a punto de cerrar un ciclo de su vida –y vosotros ahora inevitablemente lo estáis– conviene hacer un pequeño balance de todo ello. En este sentido, estoy seguro de que el resultado de ese balance es bastante positivo: pensad en la cantidad de experiencias que habéis vivido desde que llegasteis aquí o desde que empezasteis los estudios, en la cantidad de gente que habéis conocido, en los amigos que habéis encontrado, en las cosas que habéis compartido y aprendido (tanto buenas como malas, porque de todo se aprende). Aunque todavía no seáis conscientes, todas esas vivencias han sido únicas para vosotros (porque cada instante es único e irrepetible) y será difícil que las volváis a experimentar tal y como sucedieron.

Probablemente, se os están pasando por la cabeza demasiados recuerdos: la primera vez que entrasteis en el centro, la primera clase que tuvisteis, los primeros compañeros, los primeros profesores,... (y un sinfín de cosas más que ya forman parte de vuestra memoria personal).

Cuando yo terminé el Bachillerato (entonces se llamaba COU), me acuerdo que pensé que “¡menos mal!”, que “¡qué ganas tenía de abandonar el instituto!”, que “¡qué gusto poder dejar atrás a los profesores!” –quién me iba a decir a mí que terminaría dando clase–, que “¡ya nunca volvería a pisar por allí!” y que “¡por suerte, me olvidaría de todo!”,... Me equivoqué en muchas cosas y también en esta. Supongo que vosotros habréis pensado alguna vez algo parecido, pero no os engaños. Cuando os reencontréis de vez en cuando los amigos de aquí (y espero que entonces os acordéis de esto que os estoy diciendo), el instituto seguirá siendo un tema de conversación y volveréis a hablar de compañeros, de profesores, de anécdotas,... Me pasa a mí todavía cuando me reúno

con los amigos del instituto, algunos de los cuales siguen siendo hoy mis mejores amigos.

Porque no podemos olvidar el pasado así como así, porque forma ya parte de nosotros. Y no solo no podemos olvidar el pasado, sino que no debemos, porque de él siempre se puede aprender para el futuro. Por eso, no podréis ni debéis olvidar este tiempo porque en el instituto quedará un pedazo de vosotros y, a la vez, vosotros os llevaréis también un pedazo de aquí. Dicen que la memoria y el recuerdo son los territorios donde las personas viven de verdad y para siempre (yo por lo menos lo creo así; y esto sirve para la vida, incluso para la muerte de los seres queridos). Solo espero que, de vez en cuando, os acordéis de todo esto para que, de alguna forma, no termine de morir nunca. Además, no olvidéis que la etapa de estudiante (y esto es algo que solemos comentar siempre en las reuniones de amigos y en lo que casi todos estamos de acuerdo) es, probablemente, una de las más felices de la vida.

Después de esa primera etapa, llega la incertidumbre, que es también un principio vital fundamental. Hay un poema de Rubén Darío que finaliza así: “y sufrir por la vida y por la sombra y por / lo que no conocemos y apenas sospechamos / y la carne que tienta con sus frescos racimos / y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos / y no saber a dónde vamos / ni de dónde venimos!...” Supongo que esa sensación de no saber a dónde vais la estáis experimentando o la habéis experimentado no hace mucho tiempo: “si sigo estudiando, si busco trabajo, si hago una carrera, si entro en un ciclo, si me viene mejor esto, o lo otro, o lo de más allá...” Lo único que os puedo decir es que decidáis lo que decidáis que seáis vosotros los dueños de vuestras decisiones, que utilicéis bien la libertad (no para hacer lo que a uno le da la gana –porque no significa eso–, sino para barajar las distintas opciones y elegir buscando el equilibrio y teniendo en cuenta todo: vuestros gustos, vuestras capacidades, vuestros proyectos, vuestras

ambiciones, ...) Pensad que se trata, en definitiva, de vivir a gusto, de intentar ser felices el mayor tiempo posible, y esto no resulta nada fácil.

Es mentira que algunos valgan y otros no valgan; todas las personas somos válidas y útiles; todos vosotros sois válidos y útiles; solo hay que encontrar un sitio adecuado a nosotros (porque no solo hay uno; hay muchos sitios donde podemos estar y son muchos los trayectos que podemos hacer). Las personas somos distintas; cada uno debe buscar su propio camino y luchar por conseguir aquello que se quiere: no solo en los estudios o en el trabajo, también en la amistad, en el amor, en la vida en general... (LUCHAR POR AQUELLO QUE SE QUIERE). Hay una novela de Pío Baroja titulada *La busca* que pertenece a la trilogía de “La lucha por la vida” y cuyo tema principal es, precisamente, este: la necesidad que tenemos los seres humanos de buscar nuestro proyecto de vida y de luchar por él.

Aunque parezca muy larga, la vida es breve y, además, pasa muy deprisa, mucho más deprisa de lo que ahora os podáis imaginar. En dos versos de Quevedo, el poeta barroco, podemos leer lo siguiente: “ayer se fue, mañana no ha llegado; / hoy se está yendo sin parar un punto”. Efectivamente, el tiempo se escapa casi sin darnos cuenta y, por eso, conviene disfrutar lo más posible de ese corto (pero intenso) viaje que es la vida. No se trata de estar todo el día por ahí. Disfrutar la vida no significa desperdiciarla, estropearla, tirarla a la basura (que es lo que algunos piensan y hacen con ella); significa aprovecharla, pensar que cada momento –como os decía al principio– no volverá a suceder. Mi consejo es, precisamente, ese: que cuando estéis con la familia disfrutéis de la familia, que cuando estéis con los amigos disfrutéis de los amigos, que cuando estéis trabajando disfrutéis del trabajo, que cuando estéis estudiando disfrutéis del estudio,... etc, etc, etc. Pero recordad: alguien que ama la vida no la va derrochando por cualquier

esquina; es alguien que sabe que hay mucho en ella que merece la pena y también mucho en ella que nos produce pena y dolor.

“La vida puede ser maravillosa”, decía Andrés Montes en sus retransmisiones futbolísticas, y es verdad, pero solo puede serlo; “puede ser”: perífrasis verbal modal de posibilidad (como bien sabéis muchos de vosotros). Habrá miles de cosas que no nos gusten y que tendremos que cambiar; habrá demasiadas injusticias por las que luchar; habrá que ponerle ganas para conseguir mejorar nuestra existencia y la de los demás. Que la vida sea o no “maravillosa” depende en gran parte de cada uno de nosotros (el propio Gandhi manifestó que “nosotros mismos debemos ser el cambio que deseamos ver en el mundo”).

Porque quizás pensamos que la felicidad es un estado lejano, que está fuera del mundo en que vivimos diariamente. ¿Y si la felicidad se encuentra, precisamente, en despertarme cada mañana y desayunar, en ir a trabajar o a estudiar, en quedar con los amigos para salir por ahí, en estar con la novia, en leer, en ver una película, en jugar un partido, en escuchar música, en dormir, en sentarme frente al ordenador, en viajar, en observar la naturaleza, ...? En un párrafo de su novela *La tregua*, Mario Benedetti escribe lo siguiente:

“Lo pienso y me entra el apuro, tengo la angustiante sensación de que la vida se me está escapando, como si mis venas se hubieran abierto y yo no pudiera detener mi sangre. Porque la vida es muchas cosas (trabajo, dinero, suerte, amistad, salud, complicaciones), pero nadie va a negarme que cuando pensamos en esa palabra Vida, cuando decimos, por ejemplo, “que nos aferramos a la vida”, la estamos asimilando a otra palabra más concreta, más atractiva, más seguramente importante: la estamos asimilando al Placer. Pienso en el placer (cualquier forma de placer) y estoy seguro de que eso es vida”.

Quizás Benedetti tenga razón y puede que realmente estemos despreciando lo importante y minusvalorando lo cotidiano.

Yo, por mi parte, es lo único que puedo deciros y los únicos consejos que puedo daros: que elijáis y decidáis bien, que aprovechéis la vida –que es muy corta– y disfrutéis de todo, que luchéis por lo que creéis y por lo que queréis (buscando las cosas que merecen la pena y cambiando aquellas que no lo merecen tanto), que tratéis de ser felices.

Todo esto lo he intentado explicar a partir de citas literarias porque estoy convencido de que la literatura –que es una de mis grandes pasiones– nace de la vida y se nutre de ella.

El mensaje que he querido expresaros en este discurso podría quedar resumido en dos canciones (“Antes de que cuente diez”, de Fito, y “Noches de boda”, de Joaquín Sabina). En el siguiente estribillo, que seguramente recordáis, Fito nos canta a su manera que la vida se escapa en cuestión de segundos:

No voy a sentirme mal
si algo no me sale bien.
He aprendido a derrapar
y a chocar con la pared.

Que la vida se nos va
como el humo de ese tren,
como un beso en un portal
antes de que cuente diez.

Para terminar, leeré la letra de “Noches de boda” de J. Sabina, con la ilusión y mi más sincero deseo de que ojalá tengáis suerte y muchos de esos versos se cumplan en cada uno de vosotros. David (a quien agradezco su ayuda y su desinteresada colaboración) me acompañará con la música al piano. Espero que os guste y muchas gracias:

NOCHE DE BODA

Que el maquillaje no apague tu risa,
que el equipaje no lastre tus alas,
que el calendario no venga con prisas,
que el diccionario detenga las balas.

Que las persianas corrijan la aurora,
que gane el quiero la guerra del puedo,
que los que esperan no cuenten las horas,
que los que matan se mueran de miedo.

Que el fin del mundo te pille bailando,
que el escenario me tiña las canas,
que nunca sepas ni cómo, ni cuándo,
ni ciento volando, ni ayer ni mañana.

Que el corazón no se pase de moda,
que los otoños te doren la piel,
que cada noche sea noche de bodas,
que no se ponga la luna de miel.

Que todas las noches sean noches de boda,
que todas las lunas sean lunas de miel.

Que las verdades no tengan complejos,
que las mentiras parezcan mentiras,
que no te den la razón los espejos,
que te aproveche mirar lo que miras.

Que no se ocupe de ti el desamparo,
que cada cena sea tu última cena,
que ser valiente no salga tan caro,
que ser cobarde no valga la pena.

Que no te compren por menos de nada,
que no te vendan amor sin espinas,
que no te duerman con cuentos de hadas,
que no te cierren el bar de la esquina.

Que el corazón no se pase de moda,
que los otoños te doren la piel,
que cada noche sea noche de bodas,
que no se ponga la luna de miel.

Que todas las noches sean noches de boda,
que todas las lunas sean lunas de miel.

(J. Sabina)

